ΣΟΦΊΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYAT NÂSTI PÂRO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS E'EVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista; siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

El hombre y sus cuerpos.

(CONTINUACIÓN)

Respecto, pues, de su naturaleza, está formado de esta materia sutil; en cuanto á sus funciones, es el vehículo inmediato, en el cual el Yo se manifiesta como inteligencia; respecto de su crecimiento, crece vida tras vida en proporción del desarrollo intelectual, organizándose también más y más definidamente á medida que los atributos y cualidades de la mente se hacen más y más marcados. No se convierte, como el cuerpo astral, en una representación clara del hombre en la forma y en las facciones, cuando se halla obrando en relación con los cuerpos astral y físico; es oval — semejante á un huevo — en sus contornos, y compenetra los cuerpos astral y físico, y los rodea con una atmósfera radiante á medida que se desarrolla, haciéndose, como he dicho, más y más grande conforme aumenta el desarrollo intelectual. No es necesario decir que esta forma oval se convierte en un objeto hermosísimo y glorioso, así que el hombre desarrolla las aptitudes superiores de la mente; no es visible á la vista astral, pero es perfectamente perceptible á la visión superior perteneciente al plano devachánico ó mundo de la mente. Así como el hombre ordinario que vive en el mundo físico no ve nada del astral, aunque éste le rodea, hasta que se le abran los sentidos astrales, así también el hombre que sólo posea en actividad los sentidos físicos y astrales, no ve nada del mun-

do de la mente ni las formas compuestas de su materia, por más que el Devachán nos rodea por todas partes, á menos que se le abran los sentidos devachánicos.

Estos sentidos más sutiles, los sentidos que pertenecen al mundo de la mente, difieren muchísimo de los sentidos que nos son aquí familiares. La palabra misma «sentidos» es realmente un término erróneo, pues debiéramos más bien decir el «sentido» devachánico. La mente se pone en contacto con las cosas de su propio mundo, como si dijéramos directamente sobre toda su superficie. No hay órganos distintos para la vista, el oído, el tacto, el gusto y el olor; todas las vibraciones que aquí recibimos por medio de órganos de sensación separados, dan lugar en aquella región á la vez á todas estas condiciones características, cuando se ponen en contacto con la mente. El cuerpo mental las recibe todas á un tiempo, y se halla consciente de cuanto concierne á todo lo que llega á impresionarle.

No es fácil hacer concebir con la palabra una idea clara del modo cómo este sentido percibe una suma de impresiones sin confusión alguna, y la mejor descripción que puede hacerse, es quizás el decir que si un estudiante ejercitado pasa á esta región y allí se comunica con otro estudiante, la mente, al hablar, lo hace á la vez por el color, el sonido y la forma; de modo que el pensamiento completo se transmite como un cuadro de colores y una combinación musical, en lugar de mostrarse, como aquí, sólo un fragmento por medio de los símbolos que llamamos palabras. Algunos de nuestros lectores quizás hayan oído hablar de libros antiguos escritos por grandes iniciados en un lenguaje de colores, el lenguaje de los Dioses; este lenguaje es conocido de muchos chelas, y está tomado, en lo que concierne á las formas y colores, del «habla» devachánica, la cual, con las vibraciones de un solo pensamiento, da lugar á la forma, al color y al sonido. No es que la mente piense un color, ni un sonido, ni una forma; piensa una idea, una vibración compleja en la materia sutil, y el pensamiento se expresa de todas estas maneras con las vibraciones que despierta. La materia del mundo mental está siempre en vibración, dando lugar á estos colores, á estos sonidos y á estas formas; y si un hombre está actuando en el cuerpo mental aparte del astral y del físico, se encuentra absolutamente libre de las limitaciones de los respectivos órganos de los sentidos, percibiendo á la vez todas las vibraciones que en el mundo físico se presentarían separadas y distintas unas de otras.

Cuando un hombre piensa en su estado de vigilia y obra por medio de sus cuerpos astral y físico, entonces el productor del pensamiento se halla en el cuerpo mental, y el pensamiento pasa primeramente al cuerpo astral y luego al físico; cuando creemos que estamos pensando con nuestro cuerpo mental, esto es, el agente del pensamiento, el «Yo» que expresa la conciencia es ilusorio, aunque es el único Yo conocido de la mayoría. Cuando estábamos tratando de la conciencia del cuerpo físico, vimos que el hombre mismo no está consciente de todo lo que pasa en este cuerpo; que sus actividades son en parte independientes de él; que no puede pensar como las minúsculas células separadamente piensan; que en realidad no participa de la conciencia del cuerpo como un todo. Pero cuando tratamos del cuerpo mental, llegamos á una región tan sumamente identificada con el hombre, que parece que es él mismo: «Yo pienso», «Yo sé», ¿es posible ir más allá? La mente es el yo en el cuerpo mental, y es lo que para la mayoría de nosotros constituye la meta de nuestro trabajo tras del yo. Pero esto sólo es verdad cuando nos hallamos limitados á la conciencia del estado de vigilia. Todo el que haya aprendido que la conciencia del estado de vigilia, así como las sensaciones del cuerpo astral son una etapa de nuestro viaje tras el yo, y que sepa además ir más allá del mismo, sabe que éste es á su vez tan sólo un instrumento del hombre real. La mayor parte de nosotros, sin embargo, como he dicho, no separamos, no podemos separar en nuestro pensamiento al hombre de su cuerpo mental, que parece ser su expresión más elevada, su vehículo superior, el yo más elevado que de algún modo podemos tocar ó comprender. Esto es tanto más natural é inevitable, cuanto que el individuo, el hombre, en este estado de la evolución, principia á vivificar su cuerpo y á ponerlo en gran actividad. En el pasado ha vivificado su cuerpo físico como vehículo de conciencia, y lo usa en el presente como cosa natural. En los individuos atrasados de la raza, está vivificando el cuerpo astral; pero en una gran parte este cuerpo se halla, por lo menos parcialmente, concluída. En esta Quinta Raza trabaja para el cuerpo mental, y el trabajo especial en que la Humanidad debería ocuparse ahora, es en la construcción, en la evolución de este cuerpo.

Nos importa, pues, mucho comprender cómo se construye el cuerpo mental y cómo se desarrolla. Se desarrolla por medio del pensamiento. Nuestros pensamientos son los materiales con que construímos este cuerpo; con el ejercicio de nuestras facultades mentales, con el desarrollo de

nuestros poderes artísticos, con nuestras emociones elevadas, estamos literalmente construyendo el cuerpo mental día por día, cada mes y año de nuestras vidas. Si no ejercitamos nuestras aptitudes mentales; si en lo que concierne á nuestros pensamientos somos receptores y no creadores; si aceptamos constantemente de afuera en lugar de formar adentro; si á medida que avanzamos en la vida amontonamos en nuestra mente los pensamientos de otros; si esto es todo lo que sabemos del pensamiento y del pensar, entonces, vida tras vida, nuestro cuerpo mental no puede crecer; vida tras vida volvemos casi lo mismo que nos marchamos; vida tras vida permanecemos un individuo sin desarrollo. Pues sólo por el ejercicio de la mente, por el uso de sus facultades creadoras, ejercitándolas, trabajando con ellas, esforzándolas constantemente, puede desarrollarse el cuerpo mental, y proseguir su curso la verdadera evolución humana.

Desde el momento en que comprendáis esto, trataréis probablemente de cambiar la actitud general de vuestra conciencia en la vida diaria; principiaréis á vigilar su modo de obrar, y tan pronto como se haga esto, se empieza á notar que, como he dicho antes, una gran parte de vuestros pensamientos no son, en modo alguno, pensamientos vuestros, sino la mera recepción de los de otra gente; pensamientos que vienen no sabéis cómo, pensamientos que vienen no sabéis de dónde, y que se marchan del mismo modo; y principiaréis á sentir quizás con pesar y desconsuelo, que en lugar de tener la mente muy desarrollada, sólo es poco más que un sitio por donde los pensamientos pasan Tratad de ver qué parte del contenido de vuestra conciencia es propiamente vuestra, y qué parte consiste sólo en la contribución externa. Parad repentinamente vuestro pensamiento alguna que otra vez durante el día, y examinad lo que estáis pensando, y en semejante parada repentina, encontraréis probablemente que no estáis pensando en nada, lo cual es una ocurrencia muy común, ó bien notaréis que estáis pensando de un modo tan vago, que sólo tenéis una ligera impresión en lo que entonces os aventuráis á llamar vuestra mente. Cuando hayáis verificado esto muchas veces, y este ejercicio os haya hecho más conscientes de lo que érais antes, entonces principiad á observar los pensamientos que encontréis en vuestra mente, y ved qué diferencia hay entre el estado en que vinieron á ella y el estado en que se han marchado; tratad de daros cuenta de lo que les habéis añadido mientras han estado con vosotros. De este modo vuestra mente se hará verda-

deramente activa, y ejercitará con ello sus poderes creadores, y si sois prudentes, seguiréis el siguiente procedimiento. Primeramente escogéis los pensamientos á que debéis permitir alguna permanencia en vuestra mente; cuando se reconozca en la mente un pensamiento bueno, se debe persistir en él, alimentarlo, fortalecerlo, tratar de añadirle algo más de lo que tenía, y lanzarlo luego al mundo astral como un agente benéfico; por el contrario, cuando se encuentre un pensamiento malo, debe rechazársele con la mayor prontitud posible. Muy pronto se notará que á medida que se acogen los pensamientos buenos y útiles y se rechazan los malos, se obtiene el resultado de que los pensamientos buenos acudirán más y más numerosos á la mente desde afuera, al paso que los malos se harán más y más raros. El efecto de sostener en la mente toda clase de pensamientos buenos y útiles, es convertiros en un imán para todos los pensamientos semejantes que estén á vuestro alrededor, al paso que negándoos á dar cabida alguna á los pensamientos malos, los que se os aproximen serán rechazados por una acción automática de la mente misma. El cuerpo mental asumirá la cualidad característica de atraer todos los pensamientos buenos de la atmósfera circundante y de rechazar todos los malos, trabajando con los buenos y haciéndolos más activos, reuniendo así constantemente una masa de material para la mente, que constituirá su contenido y que se enriquecerá más cada día. Cuando llegue el tiempo en que el hombre abandone los cuerpos físico y astral y pase al mundo mental, llevará consigo todo este material reunido; llevará consigo el contenido de la conciencia á la región á que propiamente pertenece, y empleará su vida devachánica en transformar en facultades y poderes todo el material que ha almacenado.

Al final del período devachánico, el cuerpo mental traspasará al cuerpo causal permanente las cualidades características formadas de este modo, las cuales pueden ser así transmitidas á la encarnación próxima. Cuando el hombre vuelve, estas facultades se revestirán de la materia de los planos rûpa del mundo mental, formando un cuerpo mental más altamente organizado y desarrollado para la inmediata vida terrestre, y se mostrarán por medio del cuerpo astral y del físico como las «facultades innatas» con que el niño viene al mundo. Durante la vida presente, estamos reuniendo los materiales del modo que lo he bosquejado; durante la vida devachánica trabajamos estos materiales, transformándolos de esfuerzos separados del pensamiento en facultades del mismo, en poderes

y actividades mentales. Tal es la inmensa transformación que se verifica en la vida devachánica, y puesto que está limitada por el uso que hacemos de la vida física, haremos bien en no escatimar ahora los esfuerzos. El cuerpo mental de la próxima encarnación depende del trabajo que estamos llevando á efecto en el cuerpo mental de la presente; he aquí la inmensa importancia para la evolución del hombre, del uso que haga de su cuerpo mental; éste limita su actividad en el Devachán, y al limitarla, limita las cualidades mentales con que deberá volver á la vida terrestre. No podemos aislar una vida de otra, ni crear milagrosamente algo de la nada. El Karma aporta la cosecha con arreglo á lo que sembramos; el grano será escaso ó abundante con arreglo á la semilla y al trabajo del labrador.

La acción automática del cuerpo mental de que se ha hablado antes, se comprenderá quizás mejor si tenemos en cuenta los materiales que emplea para su construcción. La Mente Universal, á la que se halla asociado en su naturaleza más íntima, es el depósito en su aspecto material, de donde saca elementos de construcción. Estos dan lugar á toda clase de vibraciones que varían en cantidad y en poder, con arreglo á las combinaciones que se hagan. El cuerpo mental atrae á sí automáticamente del depósito general la materia que puede sostener las combinaciones que ya existen en él; pues hay un constante cambio de partículas en el cuerpo mental como sucede con el físico, y el sitio que dejan las que se marchan es ocupado por las partículas semejantes que vienen. Si el hombre ve que tiene malas tendencias y se propone cambiarlas, establece una nueva serie de vibraciones, y el cuerpo mental, que está formado para responder á las antiguas, se resiste á las nuevas, originándose con ello conflictos y sufrimientos. Pero gradualmente, á medida que se van rechazando las partículas antiguas y reemplazándolas por otras que respondan á las nuevas vibraciones — atraídas desde afuera por su poder mismo de responder á ellas — el cuerpo mental va cambiando su carácter, cambia efectivamente sus materiales, y sus vibraciones se transforman en antagonistas del mal y atractivas del bien. De aquí la extremada dificultad de los primeros esfuerzos á los cuales hace frente y combate el aspecto primitivo de la mente; de aquí la mayor facilidad de pensar bien á medida que cambia el aspecto antiguo, y finalmente, la espontaneidad y el placer que acompañan al nuevo ejercicio.

Otra manera de ayudar al desarrollo del cuerpo mental, es la práctica

de la concentración; esto es, fijar la mente en un punto y mantenerla en él con firmeza sin permitirla salirse de él ni divagar. Debemos ejercitarnos en pensar firme y consecutivamente, sin permitir á nuestra mente pasar de seguida de una cosa á otra, ni gastar sus energías en un gran número de pensamientos insignificantes. Es un ejercicio muy bueno e seguir una línea consecutiva de ideas, en la cual un pensamiento se deduce naturalmente de su antecesor, desarrollando así en nosotros las cualidades intelectuales que ordenan nuestros pensamientos y los hacen, por tanto, esencialmente racionales; pues cuando la mente trabaja así, sucediéndose las ideas de un modo definido y ordenado, se fortalece y se convierte en un buen instrumento del Yo para la actividad en el mundo mental. Este desarrollo del poder de pensar con concentración y consecutivamente, se traducirá en un cuerpo mental más claramente bosquejado y definido, en un crecimiento rápido, en firmeza y equilibrio, siendo los esfuerzos que se hagan bien compensados por el progreso que de ellos resultan.

(b) El Cuerpo Causal. — Pasemos ahora al segundo cuerpo mental, conocido por su propio nombre distintivo de cuerpo causal. El nombre es debido al hecho de que todas las causas residen en este cuerpo. Este cuerpo es el «cuerpo de Manas», el aspecto y forma del individuo, del hombre verdadero. Es el receptáculo, el depósito, en el cual todos los tesoros del hombre se almacenan para la eternidad, y aumenta á medida que la naturaleza inferior le va suministrando más y más lo que es propio para su construcción. El cuerpo causal es aquel en el cual se teje todo lo perdurable, y en el que se depositan los gérmenes de todas las cualidades que se transmiten á la encarnación siguiente; así, pues, las manifestaciones inferiores dependen por completo del hombre, «para quien jamás llega la hora.»

El cuerpo causal acabamos de decir que es el aspecto y forma del individuo. Hasta que éste no existe, no hay *hombre* alguno; pueden existir los tabernáculos físico y etéreo preparados para su morada; las pasiones, emociones y apetitos pueden irse reuniendo gradualmente para formar la naturaleza kámica del cuerpo astral, pero el hombre no existe hasta que haya tenido efecto el desarrollo en los planos físico y astral, y hasta que la materia del plano mental principie á mostrarse en los cuerpos inferiores desarrollados. Cuando por el poder del Ser (Yo), preparando su propia habitación, principia á desenvolverse lentamente la materia del plano mental, entonces tiene lugar una emisión desde el gran

occéano de Atmâ-Buddhi, que siempre está cobijando la evolución del hombre, el cual, por decirlo así, sale al encuentro de la materia mental que se halla en estado de desarrollo y crecimiento hacia arriba, se une á ella, la fertiliza, y en este punto de unión se forma el cuerpo causal, el individuo. Los que tienen el dón de ver en esas elevadas regiones, dicen que este aspecto y forma del hombre verdadero, es como una delicada película de la materia más sutil apenas visible, señalando donde el individuo ha principiado su vida separada; esta película delicada y descolorida de materia sutil, es el cuerpo que dura toda la evolución humana, el hilo en el cual se engarzan todas las vidas, el Sùtràtmâ que se reencarna: «el hilo del ser». Es el receptáculo de todo lo que está en armonía con la Ley, de todos los atributos nobles y armoniosos, y por tanto, perdurables. Es lo que determina el crecimiento del hombre, la etapa de la evolución que ha alcanzado. Todos los pensamientos grandes y nobles, toda emoción pura y elevada, es llevada y elaborada en su substancia.

Tomemos, como ejemplo, la vida de un hombre ordinario, y tratemos de ver qué parte de esta vida puede pasar á la construcción del cuerpo causal, é imaginémonos á éste pictóricamente como una delicada película; ésta tiene que ser fortalecida, que hermosearse con colores, activa de vida, radiante y gloriosa, y aumentada en tamaño, á medida que el hombre crece y se desarrolla. En un estado inferior de evolución, el hombre no muestra mucha cualidad mental, sino más bien mucha pasión y apetitos. Siente las sensaciones y las busca; son las cosas hacia las que se siente atraído. Es como si esta vida interna del hombre emitiese un poco de la materia delicada de que está compuesta, y á su alrededor se juntase el cuerpo mental, y éste se introdujese en el mundo astral y se pusiese en contacto con el cuerpo astral, relacionándose con él, de modo que se formase un puente por el cual pasase todo lo que fuese capaz de ello. El hombre envía sus pensamientos por este puente al mundo de las sensaciones, de las pasiones, de la vida animal, y los pensamientos se mezclan con todas estas pasiones y emociones animales; de este modo el cuerpo mental se queda enredado en el cuerpo astral, ambos se adhieren entre sí, y su separación es dificultosa cuando llega la muerte. Pero si el hombre durante la vida que pasa en estas regiones inferiores tiene un pensamiento desinteresado, un pensamiento provechoso á alguien á quien ame, y hace algún sacrificio para servir á esta persona, entonces ha dado lugar á algo perdurable, á algo que puede vivir, á algo que tiene en sí la natu-

raleza del mundo superior; esto puede pasar al cuerpo causal é incorporarse á su substancia, haciéndolo más hermoso, dándole quizás el primer toque de color intenso; quizás durante la vida del hombre sólo haya unas pocas de estas cosas perdurables que sirvan de alimento al desarrollo del hombre verdadero. Así, pues, el crecimiento es muy lento, pues todo lo demás de su vida no contribuye á ello; los gérmenes de todas sus malas inclinaciones, nacidas de la ignorancia y alimentadas con la práctica, son retrotraídos en estado latente; cuando el cuerpo astral, que les dió cabida y forma, se disipa en el mundo astral, son absorbidos por el cuerpo mental y permanecen en él en estado latente, por falta de material para expresarse en el mundo devachánico; cuando el cuerpo mental á su vez perece, pasan al cuerpo causal, y allí también permanecen latentes, con la vida en suspenso. Cuando el Ego vuelve á la tierra y llega al mundo astral, lánzanse afuera y reaparecen allí como las tendencias malas aportadas del pasado. Así, pues, pudiera decirse que el cuerpo causal es el depósito tanto de lo bueno como de lo malo, siendo todo lo que queda del hombre, después de disipados los vehículos inferiores; pero el bien pasa á formar parte de su constitución y contribuye á su crecimiento, mientras que lo malo, con la excepción hecha antes, permanece como germen.

Pero el mal que el hombre hace en su vida, cuando pone en ejecución su pensamiento, ocasiona al cuerpo causal un perjuicio mayor que el de permanecer latente en él como germen de futuros pecados y tristezas. No es sólo que el mal no contribuya al crecimiento del hombre verdadero, sino que cuando es sutil y persistente, arranca, si se permite la expresión, algo del individuo mismo. Si el vicio es permanente, si se persiste constantemente en el mal, el cuerpo mental se enreda de tal modo en el astral, que después de la muerte no puede libertarse por completo, y una parte de su misma substancia le es arrancada; y cuando el astral se desintegra, esta parte vuelve á la substancia del mundo mental, quedando perdida para el individuo; de este modo, pensando en nuestra imagen de una película ó burbuja, podemos considerarla como adelgazada hasta cierto punto por la vida viciosa, no solamente retardada en su progreso, sino con algo inmiscuido en ella que dificulta más su construcción. Es como si la película fuese afectada en cierto modo en su capacidad de crecimiento, esterilizada ó atrofiada hasta cierto punto. Más allá de esto no pasa, en los casos ordinarios, el daño que se ocasiona al cuerpo causal.

(Se continuará.)

ANNIE BESANT

El Devachan

En mi anterior opúsculo recientemente publicado, *El Plano Astral*, hice la observación de que en nuestra literatura teosófica pueden encontrarse esparcidas aquí y allí muchas indicaciones acerca de este Reino de la Naturaleza, pero que no hay, que yo sepa, un solo volumen al cual pueda uno dirigirse como resumen completo de los hechos hasta ahora conocidos sobre esta interesante región. Es evidente que esta observación puede aplicarse aun más al plano que sigue al Astral, el de Devachán ó Sukhâvatî. Verdaderamente hay un capítulo de los más instructivos, dedicado al asunto en el libro de texto, indispensable á todo estudiante de Teosofía, el *Esoteric Buddhism* de Mr. Sinnett; pero aunque nada de lo que hemos aprendido desde entonces ha contradicho en ningún sentido la lúcida exposición que allí se hace del estado devachánico, es, sin embargo, cierto que, las investigaciones que hemos podido hacer durante los trece años transcurridos desde que aquel libro se escribió, nos han puesto en posesión de un cuerpo considerable de nuevos conocimientos respecto de los detalles. Se comprenderá fácilmente que hay muchos puntos de menor importancia sobre los cuales no podía aventurarse Mr. Sinnett á molestar á su corresponsal Adepto, pero que, sin embargo, son de grandísima importancia para la Humanidad, toda vez que la mayor parte de su existencia la pasa en este plano de que nos ocupamos, plano que es, de hecho, la mansión verdadera y permanente del Ego que se reencarna, siendo cada descenso á la encarnación, meramente un corto episodio de su carrera, bien que de capital importancia. El objeto de este escrito, es pues, presentar un resumen de los hechos que hasta ahora nos son conocidos acerca del Devachán; y del mismo modo que en el caso del Plano Astral, nuestros investigadores me ruegan que manifieste que, al paso que rechazan toda clase de autoridad que á sus declaraciones pudieran atribuirse, han creído de su deber para con sus compañeros de estudio, tomar todo género de precauciones posibles para garantizar la exactitud. Verdaderamente puedo decir que también en este caso, «no se ha admitido en este tratado ningún hecho, antiguo ó nuevo, sino después

de haber sido confirmado con el testimonio por lo menos de dos investigadores independientes y ejercitados de entre nosotros mismos, y que además haya sido admitido como exacto por estudiantes más antiguos, cuyos conocimientos en la materia son necesariamente mucho mayores que los nuestros. Por tanto, es de esperar que esta relación, aunque no puede considerarse completa, se tome, sin embargo, como verídica en lo que abarca.»

No repetiré aquí la observación hecha en el anterior tratado, respecto de la necesidad absoluta para el estudiante de Ocultismo, de una comprensión clara del hecho de que la Naturaleza se halla dividida en varios grandes planos, cada uno de los cuales tiene su materia propia, sus diferentes grados de densidad, y compenetra también á los que le son inferiores; pues estas observaciones se aplican de igual modo al plano devachánico que al astral: me limitaré á recomendar, á los que pregunten sobre esta materia, la introducción del *Manual Teosófico* n.º V *(El Plano Astral)*, y á recapitular aquí lo necesario para hacer presente al lector, que el Devachán es el tercero de los cinco grandes planos que al presente conciernen á la Humanidad, teniendo por debajo el astral y el físico, y por encima el Samâdhico (llamado algunas veces, aunque quizás con menos propiedad, el Sushuptico) y al Nirvánico. Como hemos dicho antes, es el plano en el que el hombre, á menos de estar completamente desarrollado, pasa con mucho la mayor parte de su tiempo durante el proceso de la evolución; pues la relación entre la vida física y la devachánica, no es generalmente mayor que la de uno á veinte; y en el caso de gente muy buena, llega á bajar con frecuencia hasta la proporción de uno á cuarenta. Merece, por tanto, la pena de que se dedique á su estudio el tiempo y atención necesarios para adquirir la mejor comprensión posible de este estado, mientras nos hallemos aprisionados en el cuerpo físico. Desgraciadamente se tropieza con dificultades prácticamente insuperables al tratar de traducir al lenguaje los hechos de este tercer plano de la Naturaleza, lo cual no es de extrañar, puesto que con frecuencia encontramos que las palabras son deficientes para expresar nuestras ideas y sentimientos aun en este plano inferior á todos. Los lectores del *Plano Astral* recordarán lo que allí se dice respecto de la imposibilidad de hacer concebir ningún concepto adecuado de las maravillas de aquella región, á los que no tienen otras experiencias que las del plano físico; y ahora sólo podemos decir que todo lo que allí se expuso respecto de este punto, es diez veces más aplicable al esfuerzo que tendremos que hacer en el curso de

este tratado. No tan sólo la materia que vamos á tratar de describir se halla mucho más alejada de la que conocemos que la astral, sino que la conciencia de aquel plano es tan inmensamente superior á todo lo que aquí abajo podemos imaginar, y sus condiciones mismas tan completamente diferentes, que el explorador, una vez puesto en el caso de traducirlo todo en meras palabras ordinarias, se siente impotente y sólo puede aspirar á que la intuición de sus lectores supla las inevitables deficiencias de sus descripciones. Un ejemplo de esto, entre otros muchos, es que en el Devachán parece que el espacio y el tiempo no tienen existencia; pues los sucesos que aquí tendrían lugar sucesivamente y en lugares muy separados, aparecen ocurrir allí simultáneamente y en el mismo punto. Este es, por lo menos, el efecto que se produce en la conciencia del Ego, por más que hay otras circunstancias que hacen suponer que la simultaneidad absoluta es atributo de un plano aun más elevado, y que la sensación de ello en el Devachán, es sencillamente resultado de una sucesión tan rápida, que los espacios de tiempo minúsculos infinitesimales son indistinguibles, como sucede en el experimento óptico bien conocido de dar vueltas con rapidez á un palo cuyo extremo estuviese ardiendo, el cual nos hace ver un anillo continuo de fuego cuando se le da más de diez vueltas por segundo; no porque realmente exista un anillo de fuego continuo, sino porque la vista humana en general, es incapaz de distinguir separadamente impresiones iguales á intervalos menores de una décima de segundo. Sea como quiera, el lector comprenderá fácilmente que al tratar de describir un estado de existencia tan completamente distinta de la vida física como el que estamos tratando, será imposible evitar el decir muchas cosas en parte ininteligibles, y que parecerán por completo increíbles á los que no han experimentado personalmente la vida devachánica. El que esto suceda, es, como he dicho, del todo inevitable; y así los lectores que no puedan admitir el relato de nuestros investigadores, tendrán sencillamente que esperar á poder examinarlo por sí mismos, para tener una descripción que les sea más satisfactoria del Devachán.

En este escrito seguiremos en lo posible el orden general empleado en el anterior del *Plano Astral*, de modo que los que lo deseen pueden comparar los dos planos, nivel por nivel. El encabezamiento, sin embargo, de «Escenario,» no sería propio para el Davachán como más adelante veremos, y por tanto, lo sustituiremos por

CONDICIONES CARACTERÍSTICAS GENERALES

Quizás, el método menos desacertado para tratar de este asunto tan excesivamente difícil, sea meternos *in medias res* é intentar (aunque estemos de antemano condenados á un fracaso) describir lo que un discípulo ve cuando por primera vez se despliega ante sus ojos el plano devachánico. Empleo deliberadamente la palabra discípulo, porque á menos que una persona se halle en tal relación con un Maestro competente, es muy poco probable que pueda pasar en estado de completa conciencia á esta Región gloriosa de dicha, y volver á la tierra con un claro recuerdo de lo que ha visto. Ningún «espíritu» acomodaticio viene jamás de allí á decir sandeces por boca de un medium profesional; ningún clarividente ordinario se eleva nunca hasta allí, aunque algunas veces los mejores y más puros han penetrado en él, estando sumidos en profundo letargo, se han escapado del dominio de sus magnetizadores, y, sin embargo, aun así, muy rara vez han traído más que el débil recuerdo de una dicha intensa é indescriptible, profundamente matizada en general por sus convicciones religiosas. Cuando el Ego que ha partido, después de concentrarse en sí mismo, á continuación de la llamada muerte, ha alcanzado este plano, ni los pensamientos de pesar profundo de sus amigos, ni los halagos de los círculos espiritistas pueden atraerlo jamás á asociarse con la tierra física, hasta que todas las fuerzas espirituales que ha puesto en movimiento en su última vida, se agoten por completo, y de nuevo se halle pronto á tomar su vestidura carnal. Ni aun cuando pudiese volver de aquel modo, la descripción de sus experiencias nos daría ninguna idea verdadera del Devachán; pues como se verá pronto, solamente los que penetran en él en su conciencia completa de vigilia, son los que pueden andar libremente por todos sus niveles, y aspirar toda la gloria y hermosura maravillosas que el Devachán encierra. Pero todo esto será explicado por completo más adelante, cuando lleguemos á tratar de los habitantes de esta región celestial.

En una carta ya antigua de un ocultista eminente, se leía el siguiente hermoso pasaje como cita de memoria, aunque nunca he podido averiguar de dónde está tomado:

«Nuestro Señor Buddha dice: Muchas miles de miriadas de sistemas de mundos más hallá de éste, hay una región llamada Sukhâvatî. Esta región está circuida de siete filas de balaustradas, siete filas de inmensas cortinas, siete filas de árboles movientes. Esta mansión santa de los Arhats,

está gobernada por los Tathâgatas y poseída por los Bodhisattvas. Tiene siete lagos preciosos en medio de los cuales discurren aguas cristalinas que tienen siete propiedades y cualidades distintivas, y además una sola para todas. Este Sâriputra es el Devachán. Su flor udambara divina echa una raíz en la sombra de cada tierra, y florece para todos los que á él llegan. Los que nacen en esta región bendita — los que han cruzado el puente de oro y han alcanzado las siete montañas de oro — son verdaderamente felices; para ellos ya no existen en este ciclo más pesares ni dolores.»

C. W. LEADBEATER

(Se continuará).



La mariposa deslumbrada, atraída por la llama de tu lámpara de noche, tiene que perecer en el aceite viscoso. El alma imprudente que, al luchar con el demonio burlón de la ilusión, sucumbe, volverá á la tierra como exclava de Mara.

(**De** *La Voz del Silencio*)



CÓMO ENCONTRÓ UN CHELA Á SU GURO

(Extractos de una carta privada á Damodar K. Mavalancan, Secretario Adjunto de la Sociedad Teosófica.

Cuando nos vimos últimamente en Bombay, referí á usted lo que me había sucedido en Tinnevelly. Habiéndose quebrantado mi salud con el trabajo de las oficinas, solicité una licencia apoyada por una certificación del médico, y me fué debidamente concedida. Un día del mes de Septiembre último, estando leyendo en mi habitación, recibí la orden por la voz claramente inteligible de mi bendito Guru M. Maharshi, de dejar todo y marchar inmediatamente á Bombay, desde donde debía partir en

busca de Mad. Blavatsky donde quiera que estuviese, y seguirla adonde fuese. Sin perder un momento, arreglé todos mis asuntos y partí. Pues los tonos de esta voz son para mí los sonidos más divinos de la Naturaleza, así como imperativas sus órdenes. Yo viajaba con mis vestidos de asceta. Llegado á Bombay, encontré que Mad. Blavatsky no estaba, y supe por usted que se había marchado unos días antes, que estaba muy enferma, y que fuera del hecho de que había partido repentinamente en compañía de un Chela, no sabíais nada acerca de su paradero. Y ahora debo referir á usted lo que me sucedió después que le dejé.

No sabiendo realmente adonde dirigirme mejor, tomé un billete para Calcuta, pero al llegar á Allahabad, oí la misma voz conocida que me indicaba fuese á Berhampore. En Azúngunge me encontré en el tren, muy providencialmente, debo decirlo, con algunos señores de Bengala (entonces no sabía que eran teosofistas, pues nunca había visto á ninguno de ellos), que iban también en busca de Mad. Blavatsky. Algunos la habían seguido hasta Dinapore, pero perdieron sus huellas y se volvieron á Berhampore. Sabían, me dijeron, que había ido al Tibet, y su deseo era arrojarse á los pies de los Mahâtmâs, para que les permitiesen acompañarla. Por último, según se me dijo, recibieron una carta de ella dándoles permiso para venir, si así lo deseaban; pero les decía que á ella misma le estaba prohibido ir por entonces al Tibet. Tenía que permanecer—añadía—en la vecindad de Darjiling, y habría de ver al Mahâtmâ en el territorio Sikkhim, en donde no les era permitido seguirla... El Hermano Nobin K. Bannerji, Presidente de la Sociedad Teosófica en Adhi Bhautic Bhrâtru, no quiso decirme dónde se hallaba Mad. Blavatsky, ó quizás lo ignoraba él mismo. Sin embargo, él y otros lo habían arriesgado todo con la esperanza de ver á los Mahâtmâs. El día 23 me llevó él por fin de Calcuta á Chandernagore, donde encontré á Mad. Blavatsky que iba á marchar en el tren que salía cinco minutos después. Un Chela alto, de color obscuro, no Chunder Cusho, sino tibetano, según juzgué por su vestido, á quien encontré después de haber cruzado con ella el río Hugli en un bote, me dijo que había llegado demasiado tarde, pues Mad. Blavatsky había visto ya á los Mahâtmâs, y que él se volvía después de acompañarla á la estación.

No quiso atender mis súplica de llevarme con él, pues decía que no tenía más órdenes que las que ya había cumplido, á saber: llevarla unas veinticinco millas más lejos de cierto lugar que me nombró, y que ahora la acompañaba á la estación y se volvía. Sus hermanos teosofistas de Ben-

gala la habían también seguido, llegando á la estación media hora más tarde. Cruzaron el río desde Chandernagore á una pequeña estación del ferrocarril en el lado opuesto.

Cuando llegó el tren, entró ella en el coche, y al seguirla yo, me encontré dentro al Chela. Y aun antes de que los bultos de su pertenencia hubiesen podido ser colocados en el coche, el tren, contra todas las reglas, y antes que sonase la campana, partió, dejando á los señores de Bengala y al criado de aquélla atrás, y tan sólo uno de ellos y la esposa é hija de otro, todos teosofistas y aspirantes al Chelado, tuvieron tiempo de entrar. Yo mismo tuve tiempo apenas de saltar dentro del último coche. Todo su equipaje, á excepción de su caja que contenía la correspondencia teosófica, se quedó atrás con el criado. Y sin embargo, ni aun las personas que iban en el mismo tren que ella, pudieron llegar á Darjiling. Babu Nobin K. Bannerji y el criado, llegaron cinco días después; y los que tuvieron tiempo de tomar asiento, se quedaron cinco ó seis estaciones antes, debido á otro incidente imprevisto (?), llegando á Darjiling también unos días después. No se necesitaba un gran esfuerzo de imaginación para comprender que Mad. Blavatsky era conducida nuevamente á los Mahâtmâs, quienes por muy buenas razones de ellos conocidas, no querían que la siguiésemos y observásemos. Dos de los Mahâtmâs sabía yo con seguridad que estaban en la proximidad del territorio británico, y uno de ellos fué visto y reconocido por una persona que no debo nombrar aquí, como un elevado Chutuktu del Tibet.

En los primeros días de su llegada, Mad. Blavatsky vivió en la casa de un señor de Bengala, un teosofista, negándose á recibir á nadie, y preparándose, según yo creía, á ir de nuevo á alguna parte de las fronteras del Tibet. Todas nuestras importunidades sólo obtenían la contestación de que no teníamos derecho de agregarnos á ella y de seguirla; que no nos necesitaba, y que no debía molestar á los Mahâtmâs con toda clase de preguntas que sólo interesaban á los que las hacían, quienes debieran conocer mejor sus propios asuntos. Desesperado, me determiné, sucediera lo que sucediera, á cruzar la frontera que está á unas doce millas de aquí, y encontrar á los Mahâtmâs ó morir. No me detuve á pensar que lo que iba á emprender sería considerado como el acto de un loco. Yo no tenía permiso, no tenía «pase» del Rajah del Sikkhim, y sin embargo, estaba decidido á penetrar en el corazón de un Estado semi independiente, en donde si me sucedía algo, los funcionarios anglo indios no me protegerían

aunque pudiesen, toda vez que había pasado sin su permiso. Pero ni siquiera pensé en ello, pues me hallaba embargado por la sola idea de encontrar y ver á mi Guru. Sin decir la menor palabra acerca de mis intenciones, me puse en marcha una mañana, el 5 de Octubre, en busca del Mahâtmâ. Llevaba un paraguas y un bastón de peregrino por todas armas, y unas cuantas rupias en el bolsillo. Llevaba también el vestido y turbante amarillos. Siempre que me encontraba cansado, mi traje me hacía proporcionar fácilmente un pony que montar por muy poco dinero. Aquella misma tarde llegué á la orilla del río Runjit que forma la frontera entre el territorio británico y el Sikkhimese. Intenté cruzarlo por el puente aéreo construído de cañas, pero se balanceaba de tal modo, que yo, que jamás he sabido en mi vida lo que son fatigas, no pude soportarlo. Crucé el río en el barco que hacía este servicio, no sin gran peligro y dificultad. Toda aquella tarde viajé á pie, penetrando más y más en el corazón del Sikkhim, siguiendo un estrecho sendero. No puedo decir ahora cuántas millas anduve antes de anochecer, pero estoy seguro que no fueron menos de veinte ó veinticinco. Por todas partes no veía otra cosa más que impenetrables espesuras y bosques, y á grandes intervalos encontraba algunas chozas solitarias pertenecientes á los montañeses. Al anochecer, empecé á buscar á mi alrededor un sitio para pasar la noche.

A la caída de la tarde me había encontrado con un leopardo y un gato salvaje, y ahora pienso con asombro cómo no sentí temor alguno ni traté de escapar. Sosteníame en todo una secreta influencia. Ni el temor ni la ansiedad me asaltaron un momento. Quizás no había en mi corazón sitio alguno para nada que no fuese el deseo intenso de encontrar á mi Guru. Cuando principiaba á obscurecer, observé una choza solitaria á unos cuantos pasos del camino. Me dirigí á ella con la esperanza de encontrar alojamiento. La tosca puerta estaba cerrada. La cabaña estaba en aquel momento deshabitada. La examiné por todas partes, y encontré una abertura en el lado de Occidente. Verdaderamente era pequeña, pero suficiente para penetrar por ella. Tenía un pequeño postigo y un cerrojo de madera. Por una extraña coincidencia de circunstancias, el montañés se había olvidado de correrlo por dentro cuando cerró la puerta.

Por supuesto, por lo que después ocurrió, veo ahora con los ojos de la fe la mano protectora de mi Guru, en todas partes ó á mi alrededor. Cuando penetré en la choza, me encontré con que la habitación se comunicaba por una pequeña puerta con otro cuarto, ocupando entre los dos

todo el espacio de esta selvática mansión. Me acosté en el suelo concentrando todos mis pensamientos en mi Guru, como de costumbre, y pronto me dormí profundamente. Antes de acostarme había cerrado la puerta que comunicaba con la otra habitación, así como la ventana. Entre las diez y las once sería cuando desperté y oí ruido de pasos en la habitación contigua. Pude distinguir claramente la voz de dos ó tres personas que hablaban en un dialecto que me era desconocido. Ahora no puedo acordarme de esto sin estremecerme. A cada instante podían entrar del otro cuarto y asesinarme para robarme. Si me hubiesen tomado por un salteador, me habría sucedido lo mismo. Estos pensamientos y otros semejantes, se amontonaron en mi cerebro en un momento. Pero mi corazón no por eso palpitó de temor, ni por un momento pensé en la posibilidad trágica propia del caso. No sé qué secreta influencia me sostenía, pero nada podía excitarme ni causarme temor; me sentía perfectamente tranquilo. Aunque continué despierto mirando en la obscuridad cosa de dos horas, y hasta anduve en el cuarto lentamente y sin ruido para ver si podía escapar en caso de necesidad por el mismo conducto por donde había entrado, ningún temor, repito, ni ningún sentimiento que se le pareciera, me llegó á asaltar. Volví á acostarme.

Después de un sueño profundo no inquietado por ensueños, me desperté al despuntar el día. Púseme precipitadamente mis botas, y me eché fuera de la choza por la misma ventana. Pude oir los ronquidos de los dueños de la cabaña en la otra habitación. Pero no perdí tiempo y tomé el camino de Sikkhim (la ciudad) con ardor inquebrantable. Desde lo más hondo de mi corazón dí gracias á mi Guru por la protección que me había dispensado durante la noche. ¿Qué fué lo que impidió que los dueños de la choza penetraran en la otra habitación? ¿Qué fué lo que me sostuvo en aquella tranquilidad de espíritu, como si estuviese en un cuarto de mi propia casa? ¿Qué es lo que me hizo dormir tan profundamente en tales circunstancias: enormes bosques obscuros por todas partes, en los que abundan las fieras, y una partida de asesinos, como se dice que son la mayoría de los Sikkhimeses, en la habitación próxima, sin más que una tosca puerta entre ellos y yo?

Cuando fué completamente de día, continué mi camino por cerros y cañadas. Ya fuese á caballo ó caminando, el viaje no tenía nada de agradable para cualquiera que no estuviese tan profundamente abstraído en sus pensamientos como yo lo estaba entonces, olvidado por completo de

todo lo concerniente al cuerpo. En este último tiempo he cultivado el poder de concentración hasta un grado tal, que en muchas ocasiones he podido permanecer por completo inconsciente de todo lo que me rodea, cuando mi mente se halla toda fija en el objetivo único de mi vida, como algunos de mis amigos pudieran atestiguar; pero nunca hasta un punto tal como en esta ocasión.

Según creo, eran entre las ocho y las nueve de la mañana. Seguía yo el camino que conducía á la ciudad de Sikkhim, desde donde, según me aseguraba la gente á quien encontré en el camino, podría pasar fácilmente al Tibet con mi traje de peregrino, cuando repentinamenteví á un jinete solitario, galopando á mi encuentro. Por su alta estatura y su habilidad como jinete, pensé que era algún oficial del Rajah de Sikkhim. ¡Ahora sí — me dije — que estoy cogido! Me pedirá el pase y me preguntará qué hago en el territorio independiente de Sikkhim, y quizás me arreste y me envíe atrás ó algo peor. Pero al acercarse á mí, detuvo su caballo. Miré y le reconocí en el acto. . . Me hallaba en la terrible presencia de él, del mismo Mahâtmâ, de mi reverenciado Guru, á quien había visto en cuerpo astral en el balcón del Centro General Teosófico. Era él, el Hermano de los Himalayas, el de la noche por siempre memorable de Diciembre último, que tan bondadosamente había dejado caer una carta contestando á otra que había yo entregado, cosa de una hora antes, en un pliego sellado á Mad. Blavatsky, á quien no perdí de vista durante este tiempo. En el mismo instante estaba yo en el suelo postrado á sus pies. Me levanté á una orden suya, y mirándole deliberadamente, quedé abstraído en la contemplación de una imagen que tan bien conocía por haber visto su retrato (que posee el Coronel Olcott) innumerables veces. Yo no sabía qué decir; la alegría y la veneración ataban mi lengua. La majestad de su semblante, que me parecía ser la personificación del poder y del pensamiento, me había sumido en un arrobamiento reverente. Por fin me hallaba frente á frente del Mahâtmâ del Himavat, y no era un mito, no era la «creación de la imaginación de un medium», como habían supuesto algunos escépticos. No era ningún sueño nocturno; eran entre las ochō y las nueve de la mañana. Brillaba el sol presenciando silenciosamente la escena desde arriba. Le veo ante mí en carne y hueso, y me habla con acento dulce y bondadoso. ¿Qué más podía desear? Mi exceso de felicidad me hacía enmudecer, y pasó algún tiempo antes de que pudiera pronunciar algunas palabras animado por la dulzura de su acento y de sus pala-

bras. Su color no es tan claro como el del Mahâtmâ Kûthûmi, pero jamás he visto un semblante tan hermoso, una estatura tan alta y majestuosa. Lo mismo que en su retrato, lleva una barba negra corta y pelo negro caído sobre los hombros; sólo su traje era diferente. En lugar de un traje blanco suelto, llevaba un manto amarillo, guarnecido de piel, y en su cabeza, en vez de turbante, tenía una gorra tibetana amarilla, como las que he visto á algunos bhûtanesses en su país. Cuando pasó el primer momento de enajenación y sorpresa, me hice cargo con calma de la situación, y tuve con él una larga conversación. Me dijo que no fuera más lejos, porque me sucedería algún percance. Me indicó que tenía que esperar con paciencia si deseaba ser un Chela aceptado; que muchos eran los que se ofrecían como candidatos, pero que sólo muy pocos resultaban dignos; ninguno era rechazado, pero todos eran sujetos á prueba, y la mayor parte fracasaba de un modo marcado, como por ejemplo . . . y . . . Algunos, en lugar de ser juramentados y aceptados este año, se les aplazaba ahora para un año más. El Mahâtmâ habla muy poco inglés, ó al menos así me lo pareció, y me dirigió la palabra en mi lengua materna, el tamil. Me dijo que si el Chohan permitía á Mad. Blavatsky visitar Parijong el año próximo, entonces podía ir con ella. Los teosofistas bengaleses que siguieron á la «Upâsikâ» (Mad. Blavatsky), verían que tenía razón al tratar de disuadirlos de seguirla ahora. Pregunté al bendito Mahâtmâ si podía decir lo que oía y veía á otros. Me contestó afirmativamente, y además, que haría bien en escribir á usted y decirle todo.

Deseo que usted se fije mucho en todas las circunstancias, y que tenga bien presente que lo que ví no fué una mera «aparición», el cuerpo astral del Mahâtmâ como le vimos en Bombay, sino al hombre vivo en su propio cuerpo físico. Tuvo á bien decirme, al hacerle mi Namaskâram de adiós (postración), que se aproximaba al territorio británico para ver á la Upâsikâ. Antes de dejarme, llegaron dos hombres más á caballo, sus servidores, según supongo, Chelas probablemente, pues estaban vestidos como Lamagylungs, y los dos, lo mismo que él, con pelo largo que les caía por la espalda. Siguieron al Mahâtmâ cuando se puso en marcha al trote corto. Por más de una hora permanecí mirando el sitio que acababa de dejar, y luego, lentamente, volví sobre mis pasos. Entonces fué cuando me dí cuenta por primera vez de que mis largas botas me habían desollado las piernas en varios sitios; que no había comido nada desde el día anterior, y que me encontraba demasiado débil para continuar mi ca-

mino. Todo mi cuerpo y miembros me dolían. A corta distancia percibí algunos comerciantes ambulantes que llevaban unos ponies del país cargados. Alquilé uno de estos animales. Por la tarde llegué al río Runjit y lo pasé. Tomé en sus frescas aguas un baño que me hizo revivir. Compré algunas frutas en el único bazar que por allí había, y comí con apetito. En seguida tomé otro caballo y llegué á Darjiling ya tarde, por la noche. No podía comer, ni sentarme, ni estar de pie. Todo mi cuerpo me dolía. Mi ausencia había alarmado bastante á Mad. Blavatsky. Me reprendió por mi loca y temeraria intentona de ir al Tibet de aquel modo. Cuando entré en la casa encontré á Mad. Blavatsky con Babu Parbati-Chum Roy, Diputado Colector de los Establecimientos, y Superintendente de la Inspección de Dearah, y á su ayudante Babu Kanty Bhushan Sen, miembros ambos de nuestra Sociedad. A su ruego y por orden de Mad. Blavatsky, referí todo lo que me había sucedido, reservando, por supuesto, mi conversación privada con el Mahâtmâ. Se quedaron todos estupefactos. Después de todo, ella no va al Tibet este año, lo cual estoy seguro que no le importa, puesto que ha visto á nuestros Maestros y ha conseguido su único objeto. Pero nosotros, desgraciados, perdemos nuestra única probabilidad de ir y ofrecer nuestra veneración á los Hermanos del Himalaya, quienes sé que no volverán pronto á cruzar el territorio británico, si es que alguna vez vuelven.

Y ahora que he visto al Mahâtmâ en la carne y oído su voz viva, que nadie ose decirme que los Hermanos no existen. Ahora, suceda lo que quiera, la muerte no me ofrece temor alguno, ni tampoco la venganza de enemigos; pues lo que sé, sé.

S. RAMASWAMIER

Traducido de *Five Years of Theosophy*.



EL PASADO

«Mata en ti mismo toda memoria de experiencias pasadas. No mires atrás, ó estás perdido.»

(*La Voz del Silencio,* pág. 35, edic. española.)

Cuando en medio de las punzantes vicisitudes anejas á ese perpetuo *luchar por la existencia* — idea de otra manera concebida por nosotros, que lo es por el común de los hombres de ciencia — se nos brinda con una tregua momentánea, entonces nos paramos á meditar un instante, y como viajeros que desembocan extraviados en medio de recta é interminable carretera, convertimos los ojos del alma lo mismo hacia los arreboles y negruras del pasado, que á los tupidos velos que ocultan el porvenir. En aquellos momentos solemnes para toda persona reflexiva, que necesariamente se resumen en el ayer, devorador incesante del hoy, que á su vez discurre con la velocidad del pensamiento, los más se sienten desfallecidos y como *vampirizados* por el recuerdo de pasadas experiencias, y muy pocos, poquísimos, se sienten más fuertes y mejor dispuestos para continuar luchando.

¿Por qué esta diferencia? ¿En qué consiste que unos se enardezcan y cobren nuevos bríos, en tanto que sientan otros profundamente en su alma la enervadora paralisis de las energías morales? Y sin embargo, la *Ley* es Una; tan sólo es varia para quienes experimentan los deslumbradores espejismos de *Maya*. A pesar de esto y de hallarnos sumidos en un océano ilusorio de formas que cambian á cada paso, hay para nosotros, como para los átomos y para los soles, *momentos de realidad consciente*, especie de *puntos laya* que absorben en un momento, sintetizándolos, todos los pensamientos, todas las acciones de una existencia terrena. Ese invisible *punto* en el que convergen y se funden tantísimas experiencias pasadas, á veces en el breve discurrir de una millonésima de segundo, sabedlo, *es lo más permanente de nuestro ser:* la Conciencia. Es el *movimiento centrífugo* de lo externo — mayávico transformándose en *centrípeto*

ó interno — transcendente. La paralización momentánea de los sentidos externos, dando margen al luminoso despertar de los internos.

Una cosa existe con toda evidencia en el *momentum* psicológico que describimos, y es la ausencia de lo condicionado cósmico: el Tiempo y el Espacio; ausencia que preside á todas las actividades *puramente subjetivas* del Ego Superior. Y si para afirmar conscientemente la identidad del Yo esencial á través de las sinuosidades del pasado, para nada necesitamos de esas categorías que abruman á la mente cerebral, ¿no queda demostrado *ipso facto*, y fuera de toda discusión, la *inmortalidad también esencial* de la divina centella que nos anima?

Pero la memoria — que es el ayer siempre presente — es un ministro kármico por excelencia. Inflexible como la *Ley* cuya expresión es, dentro del plano mental, presenta á todos, como en revista, gracias á su plástica auxiliar, la imaginación, lo que llamamos *nuestro* pasado, esto es, la suma de nuestros esfuerzos manásicos cristalizados como derrotas ó como victorias para la *Personalidad* ó el Ego Inferior, ó la *Individualidad* ó Ego Superior. Karma-Némesis entonces pesa en la balanza nuestros actos y pensamientos, pronunciando, como juez, la sentencia absolutoria ó condenatoria de los mismos. Y es lo cierto que, cuando en el misterio de nuestra conciencia se pesan unos y otros, *con ser uno nos sentimos dos*: el acusador y el acusado; experiencia que corrobora las enseñanzas teosóficas acerca de la *Individualidad* y *Personalidad*. No parece sino que entonces nos desdoblamos en dos *personalidades*, y *nos acusamos á nosotros mismos* ante una PRESENCIA invisible que nos juzga con soberana justicia: ATMA. Tal es el eterno proceso á que está sujeta la Humanidad desde que los *Pitris* la dotaron de *egoidad consciente*, encendiendo con su hálito inmortal la *centella siempre pendiente de la llama*.

Pero abandonando esta digresión, permítasenos repetir la pregunta que hicimos más arriba. ¿En qué consiste que, al recapitular el pasado, se sienten los unos desfallecidos y presa de abrumador desaliento, y los otros vigorizados y más que nunca dispuestos para el duro reluchar de la vida?

Consiste, precisamente, en que mora en nosotros el *Juez* severo que inflexible nos juzga de continuo: *nuestro Dios interno*, el obligado *Redentor* de nuestra flaca personalidad... si escuchamos atentos la Silenciosa Voz, prenda segura de vida eterna. Y así como el teosofista abriga el íntimo convencimiento de que el pasado de su vida, *como energía causan-*

te de efectos necesarios (Karma), está fuera de su dominio, y por lo tanto, no está en su mano modificarlo ni en un ápice; y como asimismo no puede admitir — y por ende recurrir en súplica — por ser inconcebible en rigor lógico y puridad metafísica, á ningún concepto antropomórfico de Aquello — la Divinidad — y mucho menos encomendar la solución favorable del litigio, sea ó no justo, á procuradores que fueron de carne y hueso como él, cuando no son detestables restauraciones paganas ó absurdos personificados y santificados—como le ocurre al creyente vulgar— de ahí que el verdadero teósofo no se preocupe de su pasado, y sí procure mejorar el presente y *sublimar* el porvenir. El teosofista tiene un concepto superior y absoluto de la Justicia, y por lo tanto, sabe que no puede eludir sus efectos, *ya que puso en actividad causas que motivaron la intervención de aquélla;* y resignado, aparta la vista del ayer, para llevarla al hoy y al mañana, que está en sus manos desarrollar en el sentido del progreso espiritual. No así el sectario de una religión positiva, que habiendo dado á su Dios forma humana, como hechura suya que es, le dió asimismo sus pasiones, haciéndole débil cuando no venal, y capaz de ceder á las instancias más ó menos interesadas de los que acuden á él para que ¡absurdo de los absurdos! quebrante los eternos fundamentos de la Justicia. Y en suma, ¿qué es la Justicia? *Es la misma esencia de la Divinidad.* ¡Aquéllo! Lo que equivale á postular que lo inmanente se haga contingente, esto es, que Dios, como dicen ellos, deje de ser Dios para atender á nuestros caprichos, ó borrar nuestras faltas ó nuestros crímenes. ¡A tales extremos conducen la ignorancia, la superstición y el fanatismo!

Además, para el creyente vulgar, la vida oscila entre los estrechos límites del nacimiento y de la muerte. Para él son verdades axiomáticas é incontrovertibles un cúmulo de afirmaciones gratuitas, erigidas en dogmas y desarrolladas en preceptos, por quienes han invertido los términos de aquella sentencia evangélica que dice: «Mi reino no es de este mundo.» Para ellos Dios es blanco y el Diablo negro, repartiéndose ambos las casillas del tablero de la vida, en donde juegan eternamente los mortales la partida de sus destinos futuros. ¡Y cuántas veces el Diablo da *jaque-mate* á su Dios!

¿Cómo explicar, por otra parte, á los que aborrecen *la infame manía de pensar*, que el breve curso de una vida es incapaz de ofrecer al hombre todas las oportunidades que exige la experiencia para dilatarse por

la inmensa esfera que abarcan las potencialidades, los infinitos aspectos del Ser? ¡Imposible! Un *atavismo fatal* ha convertido en autómatas — sujetándoles á la dura roca de la ignorancia — á esos *Prometeos* de nuevo cuño. ¡Desgraciados! Sus mónadas van tan sólo á la cabeza de las *retardatarias*, y han de aguardar, por lo tanto, mejor coyuntura.

¡La Reencarnación! ¡Quimera inconcebible para sus mentes hueras y antifilosóficas; cosa de paganos y espiritistas! Y sin embargo, ella fué la *savia* del Cristo y de los primeros padres de la Iglesia; ella es la *clave única* de las miserias que les afligen, así como de las dichas que les embriagan, siendo también base firmísima de la Fe, la Esperanza y la Caridad; y es, por último, la mano generosa que puede sacarles de la postración en que sumidos les tiene el grito de la conciencia cuando los acusa con voz apocalíptica... Y es lo cierto que, sólo esta *luminosa* y *antiquísima idea* puede arrebatarles á la *negra* servidumbre en que viven por causa de su ignorancia y acepta debilidad; sólo ella puede comunicar á su alma viriles energías, confiando á su sola iniciativa la magna empresa de su redención, abandonada desde hace siglos á manos indignas y mercenarias, cuando no á prácticas idolátricas y supersticiosas. Es preciso que el hombre sepa ya que no debe conducirse como una débil mujer, solicitando el *externo* y *quimérico auxilio* que se le brinda con fines interesados, y por ende que no debe confundir la compasión divina con la injusticia unas veces venal y otras caprichosa, destruyendo con ella, en su base misma, el orden admirable de la Naturaleza; conviene que se porte como un hombre de ánimo esforzado, conquistando por sí mismo esa inmortalidad á que aspira, invocando para ello en todo tiempo y lugar al *Divino Redentor* que mora *dentro* de él: *su verdadero y único Dios*, su Yo Supremo, acercándose cada vez más á su Divina Luz, y destruyendo con ella los *demonios* encarnados en sus mismas pasiones, y groseros y desenfrenados apetitos.

¡Y cosa notable! Esas gentes, *que tienen en su mano* poder realizar á cada instante el dicho aquel de: «Borrón y cuenta nueva,» son los que más asaltados se ven por los terrores de la muerte, y mas apego tienen á las falacias de la vida; sencillamente, en razón de creer en la eficacia del *comodín de los pecados*, y temer que, si les sorprende la *Parca* sin ese requisito ó su expediente supletorio — la contricción *in extremis* — serán pupilos, *ab eterno*, de aquellos lugares pavorosos á que el paganismo dió el nombre, con muy otro sentido, de *loci inferi* (Infierno).

El teósofo, en cambio, sabedor de que las causas por él engendradas han de agotar en él, ó en otros, directamente ó de rechazo, la serie de sus efectos, sin que exista en lo humano ni en lo divino poder bastante á impedirlo, por ser *esencialmente justo* que sea de este modo y no de otro; que cree firmemente en la *Reencarnación*, por estar convencido de que es una necesidad del orden lógico, del orden moral y hasta del orden científico, no mira con horror, como el ignorante, la proximidad de su última hora, pues sabe que *la última es la primera* de una vida más real que la que abandona en aquellos solemnes momentos; y muy al contrario, ve llegar con cariño á su libertadora, á la que rompe las cadenas del prisionero aherrojado en la cárcel de materia. Sabe que la Justicia se cumplirá en sazón oportuna, en esta ó en otra vida, y procura aprovechar las oportunidades de la presente para mejorar sus costumbres, combatir sus vicios, purificar su mente y elevar su corazón, como *cáliz de vida*, hasta el ara sacrosanta del Altruísmo, del amor de sus semejantes, á quienes mira como sus hermanos, apartados de él nada más que por ilusoria fatalidad de lo condicionado y perecedero de la forma.

Ellos y él *son uno*, y emanaron del Uno para volver al Uno, enriquecidos por la experiencia conquistada en todos los planos del Ser, á través del *vía crucis doloroso* de sus múltiples existencias, la reiterada *Pasión* que precede á la *Resurrección* de las mónadas en el Absoluto. El *Dios* del teósofo no cabe dentro de los límites de una forma, aunque fuese ésta tan colosal, que cupiesen dentro de ella miriadas de universos. Su *Dios*, que no es personal, es más grande, porque lo es Todo; y también es más justo, pues da á cada uno con arreglo á sus propios merecimientos; jamás cede á las súplicas ó á las dádivas; y al darle la libertad y la oportunidad de mejorar su vida, le lanza en la vía de un progreso para el cual el infinito carece de sentido por su pequeñez; lo dignifica, por último, haciéndole merecedor de figurar en la verdadera *Comunión de los Santos* (Nirvana).

¿Seremos, pues, tan necios, que perdamos el tiempo llorando cual otros Jeremías nuestro inevitable pasado, en vez de aprovechar sus enseñanzas para hacer vivir en el presente todo lo grande, generoso y bueno de que seamos capaces, preparando de este modo para el porvenir (que ya no es un misterio para nosotros, como lo es para el creyente vulgar) un sendero de flores que sirva de compensación á las punzantes espinas que desgarraron nuestros pies en el áspero sendero que abandonamos? ¡De ninguna

manera! Ni aun en el caso de caer *cien millones de veces*, debemos desmayar; pues si una vez caídos nos levantamos una y otra vez con la pesada cruz de nuestras flaquezas, símbolo eterno de la humana miseria y cima final de nuestra liberación, experimentando en lo íntimo de nosotros mismos el ferviente deseo de levantarnos para luchar de nuevo, no hay duda, veremos realizado nuestro propósito. Pues como dice muy bien *La Voz del Silencio* (1): «Prepárate y sábelo con tiempo. Si lo has intentado y caído ¡oh combatiente intrépido! no pierdas, sin embargo, el valor; lucha, vuelve de nuevo á la carga, vuelve una y otra vez.»

José PLANA, M. S. T.

Barcelona y Agosto 20-1896.

(1) *La Voz del Silencio*, pág. 93, edición española.



ESTUDIOS SOBRE EL BUDDHISMO

(CONTINUACIÓN)

Un escritor sobre la Teosofía Buddhista, en la *Church Quaterly Review* de Octubre de 1885, condena el sistema en términos desmedidos, fundándose en afirmaciones referentes al mismo, que son contrarias á la verdad. Empieza diciendo que los tipos septentrionales y meridionales del buddhismo no son afines. Esta no es la opinión de los buddhistas ilustrados, sino simplemente un modo de ver erróneo, que tiene por causa el hecho de que los escritores ingleses acerca del buddhismo septentrional ó tibetano, han sido inducidos á error profundo por los datos proporcionados por los misioneros católicos romanos que ansiaban demostrar, sin tener en cuenta la cronología, que el lamaísmo fué derivado del Cristianismo. Según este sistema, podría argüirse también que los cuentos Canterbury Chaucer son un plagio de Voltaire; pero no necesitamos detenernos en este punto.

La forma meridional del buddhismo es la más sencilla y la más mate-

rialista en el sentido de que no trata de algunas sutilezas metafísicas muy profundas, de las que hasta los escritores exotéricos de la escuela del Norte se ocupan, pero ambas escuelas son idénticas en su esencia, y difieren entre sí menos que las iglesias Protestante y Católica, como formas del Cristianismo. La tendencia de esa «casi religión» á la heterogeneidad, dice el escritor en el *Church Quaterly*, procediendo según la base de su falsa afirmación como si fuese un hecho absoluto, es debida á su carácter fragmentario. Así explica un estado de cosas que no existe, por una afirmación que no es el hecho, y luego desarrolla la afirmación: «El sistema no posee una *Teología*. Porque el buddhismo propio carece de la concepción de lo divino, no tiene escatología consistente, ningún sentimiento para el mundo ó para las cosas temporales, fuera de una repulsión impaciente. Toda su energía está concentrada en el esfuerzo para desprenderse de todas las relaciones entre el alma y el ambiente material en que se mueve. El éxito en esto constituye el Nirvana un ascenso en el *Athman* ó sea lo inmutable, lo absoluto, el *ens realissimum*, es decir, por extraña que sea, la Negación eterna.»

Cada oración de este párrafo, cada inducción que hace es errónea, y la mayoría de ellas están en contradicción. La única que superficialmente se asemeja á la verdad es la primera: que el buddhismo no tiene Teología. Podrá no tener lo que la *Church Quaterly Review* llama Teología, pero posee una ciencia profunda de las cosas divinas; y el escritor en seguida nos lanza sus expresiones técnicas, y presenta lo que entiende en la forma abstracta, cuando dice que el buddhismo no tiene concepción alguna de lo divino. Afirma una cosa que para los estudiantes celosos del buddhismo superior, sólo podría compararse con decir de la Química, que es un sistema que no posee microscopio alguno y que carece de concepto acerca de lo diminuto. Las contradicciones extrañas del buddhismo, según piensa nuestro autor, son debidas á ser aquél una reacción, un producto de un profundo cansancio de la vida humana, de un ascetismo suicida. Aquí coloca sencillamente el carro delante de los bueyes, y el reconocimiento de ello explicará, no tan sólo los errores de muchos escritores occidentales respecto al buddhismo, sino también los equivocados excesos de algunos de sus propios devotos, que dan fuerza y prestan algún color á esos errores. El asceta buddhista de miras elevadas guiado por las órdenes de buddha, aquellos que se refugian en la vida monástica, ó por aquella tradición no escrita de la filosofía oriental que obra

aún más poderosamente en la misma dirección, renuncia á los placeres de la existencia física, *no* por razón de aborrecerles como tales, sino efecto de una percepción clara del hecho de que, siendo transitorios, no pueden dar felicidad duradera alguna, y porque comprende que existe una vida espiritual superior que puede alcanzarse por la propia renuncia física. Y porque no anuncia esto en el *Times* y no explica sus razones de antemano á sus amigos en Inglaterra, el orientalista occidental deduce tranquilamente que aquél es un loco holgazán, que obra sin saber por qué. «El buddhismo, pues — dice nuestro articulista, cayendo de error en error y ciegamente ignorante del hecho de que todas sus premisas han venido por tierra — tiene dos aspectos: en el primero y más agradable, es una regla de ética que encierra algunas de las verdades de la religión natural; en el segundo y último, es un sistema indeterminado de filosofía ontológica.» «Indeterminado únicamente en el sentido de que su filosofía es demasiado intrincada para el mundo en general, y por consiguiente, ha sido reservada hasta ahora para el estudio de los pocos que dedican sus vidas á comprenderla. Las reglas éticas del buddhismo popular se presentan expresamente en los términos más sencillos para el entendimiento de las gentes en general. La doctrina, en sus detalles más elevados, se reserva para los iniciados. Pero hasta comentando «esta regla» nuestro escritor equivoca su significado. «Ciertamente la única vida buena, según las autoridades buddhistas, es la monástica»; podría haberse librado de este error particular — que casi cómicamente invierte la verdad — teniendo presente que el sistema buddhista está organizado de tal modo, que la instrucción doctrinal necesaria para los ascetas que procuran apreciar su desarrollo espiritual, no se da al vulgo en general, que sólo recibe la enseñanza ética necesaria á los hombres que se *contentan* con llevar una vida virtuosa y seguir la corriente normal de la evolución. Todo buen buddhista, nos dicen *ahora*, «*debe* ser un monje, y sólo así puede alcanzarse el Nirvana, ó sea la Salvación.» Lo contrario es precisamente lo que enseñan las doctrinas buddhistas. El monje es aquel que se esfuerza en precipitar el curso por esfuerzos anormales. «Fuera de este llamamiento á todos para que se entreguen á la vida ascética» — lo que no hace el buddhismo, como supone erróneamente el artículo que tenemos á la vista — «el buddhismo no tiene evangelio alguno que proclamar ante el mundo, y es evidente que un simple evangelio de desesperación puede tener poco ó ningún elemento de verdadera duración en sí mismo»; y luego

sigue una cita de la obra «Buddha» del Dr. Oldemburg, que describe cómo se aparta el buddhista con desprecio de esta vida, «que promete á un pueblo resuelto, trabajador é industrioso tanto goce ó felicidad», y este desprecio nos lo señalan como grabado en caracteres indelebles en toda la historia asombrosa de ese desgraciado pueblo.» El articulista de la *Church Quaterly* hubiera quizás dado á comprender á sus lectores que no interpretaba correctamente ese «desprecio» y esa «triste historia», si hubiese terminado toda la cita. El Dr. Oldemburg añade que el carácter del pesimismo buddhista no sería comprendido si se le considerase como influído por «un sentimiento de melancolía que deplora un mal sin fin y la irrealidad del ser... El verdadero buddhista... siente compasión por aquellos que están aún en el mundo... no siente para sí mismo ninguna tristeza... porque sabe que está próximo á la meta elevada que se ha propuesto alcanzar y que le espera... Persigue el Nirvana con el mismo sentimiento alegre de la victoria en perspectiva, con que el cristiano aspira á su cielo.» El «evangelio de la desesperación» no resulta una frase gráfica aplicada al texto que califica; y el Dr. Oldemburg, de quien nuestro crítico coge una frase suelta que de ninguna manera demuestra la tendencia general de su argumento, se ocupa de todo este asunto principalmente para combatir la idea de que el Credo buddhista es nihilista. Dice más adelante en su libro: «¿Implica al mismo tiempo este fin de la existencia terrestre la cesación total del ser? ¿Es acaso la nada la que recibe al perfecto muribundo en sus dominios? Hemos preparado el terreno paso á paso para poder ahora abordar esta cuestión, y con la proligidad natural de un filósofo alemán y en lenguaje inequívoco, demuestra que no existe en realidad semejante enseñanza cruel en las Escrituras buddhistas, á las que se han atribuído erróneamente ese significado.

El Dr. Oldemburg dista mucho de haber adivinado la verdadera causa de la ambigüedad de lenguaje que existe en muchos de los textos buddhistas que tan pacientemente pesa y analiza, pero también se aparta mucho de la opinión contraria, respecto al asunto, que la *Church Quaterly* le atribuye. Las cuatro nobles verdades referentes á la sutileza de la vida física, como origen de felicidad; el deseo de la vida física como la causa por la que las almas son atraídas de nuevo á la encarnación; la neutralización de esta causa por la extinción del deseo de la vida física, y la posibilidad de extinguir tal deseo únicamente por medio de una vida de santidad, son interpretadas por el escritor como «basadas en el axioma de

que la existencia es en sí misma el sufrimiento», y por consiguiente, que el único remedio es acercarse lo más posible á un estado en que parece que uno no vive. El error es claro para el estudiante esotérico del Buddhismo, y evidente para todo aquel que está familiarizado con la ciencia espiritual del Oriente, de la que la conducta del monje buddhista que se entrega á una vida ascética, depende por completo. «Un pesimismo tan profundo y mortal, difícilmente podría, según parece, posesionarse de cualquier raza cuyas fuerzas vitales fuesen vigorosas.» Creo que la filosofía interna del buddhismo, en la que el ascetismo y las reencarnaciones de sus monjes están enteramente basadas, es condenada por los pesimistas modernos, no por ser demasiado pesimista, sino por ser incurablemente optimista — ya que habla de una gran preponderancia de felicidad con el tiempo como una consecuencia de la existencia—sumando una sola gran cuenta la existencia física *plus* la espiritual; pero como de costumbre, el fallo del escritor de la *Church Quaterly* es falso, á causa de esa manera complicada que tiene de tratar el asunto con suposiciones y bases falsas.

La frase que acabamos de citar, corregida, debiera decir: — Un sistema de optimismo tan puramente espiritual, tan despiadado para las pasiones de la carne, que son las debilidades del espíritu, podría difícilmente, al parecer, apoderarse de una manera general de cualquier raza, en la que las fuerzas vitales fuesen poderosas; y así llegamos poco á poco con nuestro autor al reconocimiento del hecho de que las generaciones sumamente materiales del hombre que han alcanzado un punto máximo en nuestra civilización altamente desarrollada, no se hallan en afinidad natural con el sistema de pensamiento buddhista. Esto es enteramente cierto con respecto á nuestra raza contemporánea en general, pero no es verdad, porque somos demasiado espirituales para el buddhismo, sino porque hasta ahora el buddhismo ha sido demasiado espiritual para nosotros.

A. P. SINNETT

(Se continuará.)



FRAGMENTO DE «PERFECT WAY»

(LA VÍA PERFECTA) (1)

En una época que, como la nuestra, se distingue por extensas investigaciones, por un análisis profundo y una crítica despiadada, ningún sistema religioso puede durar, como no sea recurriendo al lado intelectual, lo mismo que al sentimental de la naturaleza humana.

Hoy en día, la fe de la cristiandad languidece como obligada consecuencia de un defecto radical en el método de su exposición, que la sume en perpetuo conflicto con la ciencia, en tal guisa, que incumbe á sus partidarios la abrumadora y poco digna tarea de hacer incesantes esfuerzos para ponerse al nivel de los descubrimientos modernos ó de las fluctuaciones de la especulación científica. El método por el cual se ha intentado en este lugar eludir la duda y la inseguridad engendradas por este hecho, estriba en demostrar las tres proposiciones siguientes:

1.ª Que los dogmas y los símbolos del Cristianismo son, en substancia, idénticos á los de los otros y más antiguos sistemas religiosos.

2.ª Que la verdadera esfera de la creencia religiosa no está en donde la puso hasta el presente la Iglesia — en el sepulcro de la tradición histórica — sino en el corazón y en el intelecto humanos; es decir, que no es objetiva ni física, sino subjetiva y espiritual; y que no se dirige á los sentidos, sino al alma.

3.ª Que considerada de este modo y bien interpretada la doctrina del Cristianismo, representa, con una exactitud científica, los hechos de la historia espiritual del hombre.

Es muy verdadero que algunos hombres famosos por su piedad y por su saber — que han recibido el nombre de columnas de la fe — denunciaron como impía en grado sumo la práctica, que consiste, como ellos dicen, en «falsear el sentido evidente de la Escritura.» Pero la acusación de impiedad no parte tan sólo de esas «luces menores» — los padres cristianos y

(1) Por A. Kingsford y E. Maitland, prefacio de la nueva edición.

los comentaristas judíos—sino también de esas dos «grandes luces», Jesús y Pablo, puesto que ambos afirmaron que la Escritura tiene un sentido místico; que es preciso subordinar la Letra al Espíritu y buscar tras el velo para encontrar su verdadero significado. Al emplear el término «evidente», supone el literalista que están en litigio las dos cuestiones siguientes, á saber:

1.ª Para qué facultad es evidente el sentido de las Escrituras, ¿para la facultad exterior ó para la facultad interior?

2.ª ¿A cuál de ambos órdenes de percepción pertenece en justicia la comprensión de las cosas espirituales? Nada, con seguridad, es más evidente que la «impiedad» que resulta poniendo á un lado la explicación que el Verbo-Santo da de sí mismo, acusándole de impostura, de locura ó de inmoralidad, fundándose en el testimonio de una apariencia externa, tal como la letra.

Para los autores de este volumen, es por modo absoluto evidente que no es el sentido literal aquel en que se entendía; y que cuantos insisten en aceptar ese sentido, incurren en el reproche dirigido por Pablo, cuando aludiendo al velo que Moisés pone sobre su faz, dice: «Pero sus espíritus han estado endurecidos hasta el presente, porque ese velo subsiste cuando se lee el antiguo Testamento. Y este velo permanece asimismo hasta hoy día sobre el corazón, cuando se les lee á Moisés.»

Procuraremos exponer brevemente las premisas de esta conclusión. La primera verdad que nos enseña la filosofía, es que el espíritu no puede percibir y asimilarse sino aquello que se presenta á él mentalmente. En otros términos: lo que es objetivo, debe traducirse en subjetivo antes de poder convertirse en un alimento para la parte espiritual del hombre. La verdad nunca es fenomenal, sino siempre metafísica. Los sentidos perciben el fenómono, y tienen que ocuparse únicamente del fenómeno. Pero los sentidos representan tan sólo la parte física del hombre, y en modo alguno ese yo que tiene en cuenta el filósofo cuando habla del Hombre. Este, el verdadero Ego, no puede ponerse en relación con, ni tener conocimiento de acontecimientos y de personas que tan sólo se presentan fenomenal y objetivamente. Por lo tanto, esos acontecimientos y esas personas constituyen nada más que unos vehículos, unos símbolos, por medio de los cuales, las verdades, los principios y los procesos son transmitidos á la conciencia subjetiva; los jeroglíficos, digámoslo así, por los cuales están representados.

Las personas y los sucesos, siendo dependientes del tiempo y de la materia, están — bajo su aspecto fenomenal — en relación tan sólo con el hombre exterior y perecedero; en tanto que los principios y las verdades que dependen de lo noumenal y de lo eterno, únicamente pueden ser conocidos por aquello que en el hombre, siendo también noumenal y eterno, es de la misma naturaleza, esto es, su parte subjetiva y espiritual. Porque el que percibe y lo que es percibido, deben pertenecer á la misma categoría. Y como el primero es necesariamente el principio puramente racional en el hombre, el segundo debe ser también puramente racional. Por semejante razón, pues, á fin de conservar la espiritualidad que le es propia, debe siempre la religión—como demuestra Schelling—presentarse esotéricamente, tanto en lo universal como en los misterios. De otra manera, dependiendo su existencia de la continuidad de un medio únicamente físico y sensible, llega á ser tan fugaz como él. De donde resulta que, por tanto tiempo como consideremos á la verdad religiosa en el sentido de hallarse esencialmente constituída, y bajo la dependencia de causas y de efectos que pertenecen al plano físico, estaremos lejos de percibir su naturaleza real, y espiritualmente seremos inconscientes y no iluminados. Lo que en la religión es verdadero, lo es únicamente para el espíritu.

La subjetividad necesaria de la verdad ha sido afirmada también por Kant, quien consideraba al elemento histórico — en las Escrituras — como indiferente, y declaraba que la transformación de la creencia en una fe puramente espiritual, sería el advenimiento del reino de Dios. De igual modo el místico Weigelius (A. D. 1650) dice que, con el fin de que sea eficaz para la salvación, lo que está escrito divinamente del Cristo sobre el plano objetivo, debe ser transferido al plano subjetivo, substancializado en el individuo, y realizado interiormente por él.

Y el tan piadoso como sabio traductor de los libros herméticos, el doctor Everard, escribe: «Yo digo que no hay una sola palabra (de las Escrituras) que sea verdad con arreglo á la letra. Afirmo, sin embargo, que cada palabra, cada sílaba, cada letra son verdaderas. Pero son verdaderas como las entendía aquel que las pronunció; son verdaderas como Dios las entendía, no como los hombres quieren que sean.» (*Gospel Tresauri Opened*, A. D., 1659).

La razón de esto descansa en que la materia, con sus atributos, constituye tan sólo el término medio en una serie, cuya Alfa y Omega son espíritu. El mundo de las consecuencias finales, lo mismo que el de las

causas primarias, es espiritual, y ninguna finalidad puede pertenecer al plano de su término medio, que es tan sólo un plano de transición.

El absoluto es, primeramente, puro pensamiento abstracto. En segundo lugar es una exteriorización (alienación) (1) de este pensamiento, por su ruptura en el atomismo del tiempo y del espacio, ó su proyección en la naturaleza, proceso merced al cual, de no molecular que era, se vuelve molecular. En tercer lugar, vuelve de esta condición de exteriorización y alineación del Yo en sí mismo, resolviendo en su seno la substancia de la naturaleza, y viniendo á ser de nuevo subjetivo. Este es el único camino por medio del cual el Ser puede llegar á la conciencia de su yo. Como Hegel lo ha formulado, tal es — en la manifestación — el proceso de los universales; y tal es, necesariamente, el proceso de las cosas particulares producidas por los universales.

Por consiguiente, el hombre, como microcosmo, debe imitar al macrocosmo é identificarse con él. Debe *subjetivar* ó espiritualizar sus experiencias antes de poderlas ligar á ese principio interno, á esa esencia de sí mismo que constituye el *Ego* ó el *Yo*.

Sin embargo, es evidente que esta manera de considerar la religión, únicamente es asequible á los espíritus educados y desarrollados, excediendo sus términos y sus ideas de la capacidad de las masas. Este libro y la obra que inaugura, se dirige, pues, á la primera categoría: á las personas cultas y pensadoras que, reconociendo los defectos de la creencia popular, han renunciado á la vana tentativa de sistematizarla, poniéndola de acuerdo con sus necesidades mentales. Jamás podrá existir una manera de presentar la religión que convenga por igual á todas las clases y á todas las castas de hombres; al realizar esta tentativa imposible, la Iglesia háse enajenado forzosamente á cuantos no pueden aceptar el alimento grosero ofrecido á la multitud.

Aceptando el papel de un Procusto con respecto á las cosas espirituales, ha procurado la Iglesia poner al mismo nivel las inteligencias de todas clases y dimensiones, con menosprecio de esta sentencia apostólica: «Nosotros predicamos la sabiduría entre los perfectos» (2)... Nada tengo que deciros como á hombres espirituales, pero os he hablado como á hombres carnales, como á infantes en Cristo. Os he dado á beber leche, y

(1) Hegel emplea el término *heterización*
(2) Literalmente, aquellos que están *maduros*.

de ningún modo os he dado carne, porque no os halláis en estado de tolerarla.»

Para aquéllos — los que no están intruídos ni desarrollados — la Iglesia debe continuar hablando con su faz velada bajo las parábolas y los símbolos. Nuestro llamamiento se dirige, pues, á las personas que habiendo alcanzado su mayoría intelectual y espiritual, han puesto á un lado las cosas infantiles; que, por consiguiente, en vez de contentarse con la cosa de la letra, de mutilar ó ahogar — en el espíritu bajo la forma — se hallan impulsados por la misma ley de su naturaleza, á buscar tras el velo y á leer el espíritu á través de la forma, á fin de que, «contemplando la gloria del Señor á faz descubierta, seamos transformados en su propia imagen.»

Los que han llegado á ese punto de desarrollo, aprenderán en estas páginas cuál es la Realidad que únicamente el mental puede percibir, y comprenderán que ella no pertenece al plano objetivo ó fenomenal de la historia mundana, sino al plano subjetivo y noumenal de sus almas, en las cuales, si ellos investigan, hallarán en acción el proceso de la Caída, del Destierro, de la Encarnación, de la Redención, de la Resurrección, de la Ascensión, de la Venida del Espíritu Santo, y como consecuencia, la posesión del Nirvana, de la «paz que excede á toda comprensión».

Para aquellos de esta suerte iniciados, el espíritu nada tiene que ver ya con la historia; lo fenomenal es considerado — por el hecho de ser ilusorio — como una sombra proyectada por lo Real, no poseyendo en sí mismo substancia alguna, y siendo simplemente un accidente de lo Real. Una sola cosa permanece — el Alma en el Hombre — Madre de Dios, inmaculada, que desciende — como Eva — á la materia y á la generación, siendo después arrebatada — como María — fuera de la materia, hacia la vida eterna. En suma, un estado supremo y perfecto que da cima y resuelve todos los demás: el estado del Cristo, prometido en la aurora de la evolución, manifestado durante su curso, glorificado al tiempo de su consumación. Realizar la asunción de María, llegar á la talla de su Hijo: tales son los objetos y las aspiraciones que constituyen el deseo del iluminado.

Traducido por J. P. D.

Barcelona y Enero 24, 1896.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27, Madrid